

*Egidio Viganó, S.D.B.*

## EL MISTERIO DE LA FE

Nuestra fe se extasía frente a la luz fascinadora de un asombroso misterio de amor: Cristo, y en El su cuerpo hecho sacrificio y manjar. El Unigénito de Dios, Principio con el Padre del Espíritu Santo, se hace carne, padece, muere, resucita y permanece misteriosamente en la Eucaristía casi para volver a reencarnarse en todos los hombres.

Por María el Verbo se hace hombre; por la Eucaristía, el Verbo se hace, en cierta manera, Humanidad (la Iglesia). Así todos los miembros del Cuerpo Místico somos como “el término final de la misma generación eterna, como la última vibración de la paternidad divina, como la fibra postrera de ese organismo carnal en que la mano omnipotente de Dios ha envuelto la sustancia inmaterial del Verbo. He aquí lo que significa y lo que produce, a la larga, el sacramento de la Eucaristía del Hijo del hombre; he aquí lo que su presencia bajo las especies sacramentales simboliza y figura; alimento perenne de los hijos de Adán, que nos nutre a cada uno de nosotros transformándonos en Cristo” (1).

Este es el gran misterio de nuestra fe. La Liturgia llama a la Eucaristía “mysterium fidei”. Esta expresión, de sabor paulino, indica que en la Eucaristía está contenida toda la historia de la salvación, esculpida perennemente en el cuerpo consagrado y glorioso de Cristo, hecho sacrificio y manjar para nosotros. “¿Duras son estas palabras? Pues exclamemos con Pedro: “¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de la vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios” (2).

### ¿CRISTIANISMO MNEMONICO?

La Eucaristía es piedra de toque de la fidelidad a Cristo. Los Protestantes, en general, no la aceptan; por eso su cristianismo no es “presencia” sino “recordación” de Cristo; es un culto de recuerdos del pasado, como añoranza de un Cristo ausente. Para los Protestantes Cristo pasó en la tierra fugazmente, como un aerolito, y ellos se esfuerzan para unírsele en la estela del recuerdo. No hay “presencia” real de Cristo ni en la Jerarquía ni en la Eucaristía; la Iglesia es “su Cuerpo” y “su Es-

---

(1) M. De La Taille, “Esquisse du Mystère de la foi”, págs. 270-271.

(2) Jn. 6, 68.69.

posa", pero en un sentido vago, que se reduce a un cuerpo sólo "aparente" y a una esposa, casi diríamos, "viuda".

Para nosotros, en cambio, *Cristo vive realmente presente en la historia, por dos misterios: la Jerarquía y la Eucaristía*. La muerte, resurrección y ascensión de Cristo no lo han alejado de nosotros, sino que lo han capacitado para estar definitivamente presente en nuestro devenir.

"En los amores humanos, el desposado que se entrega a la muerte por amor de su desposada, por eso mismo renuncia definitivamente a la unión conyugal. Cristo, empero, amó a la Iglesia y se entregó a Sí mismo por Ella. . . a fin de hacer aparecer la Iglesia ante Sí como su Esposa y unirse con Ella. *La cruz es el tálamo nupcial, no la tumba funeraria del Esposo enamorado de la Iglesia*" (3).

Ello se realiza por el misterio eucarístico, donde está realmente presente Cristo resucitado, como "*Bien Común*" espiritual de la Iglesia militante (4). Es necesario adentrarse en esta presencia misteriosa contemplando, antes aún que los signos, la historia misma de la carne de Cristo.

#### EL MISTERIO CORPORAL DE LOS ACONTECIMIENTOS.

Para aquilatar convenientemente el misterio eucarístico, es necesario considerar los valores del cuerpo de Cristo: no sólo la grandeza común a todo cuerpo humano de ser la plenitud del alma como órgano de acción, como medio de expresión y como vínculo de solidaridad natural (5), sino la grandeza específica de ser el "cuerpo de Dios", *la carne salvadora, el instrumento de redención y el vínculo de la solidaridad sobrenatural*.

Los humanos estamos hechos así: todos somos hombres y pecadores por el cuerpo de Adán; y todos necesitamos rehabilitarnos por el cuerpo de Cristo.

Sin la carne de Adán y sin la carne de Cristo no se entiende ni nuestra existencia, ni la catástrofe de nuestra pérdida, ni la historia de nuestra salvación. En el cuerpo de Cristo, más allá del misterio inefable de la Encarnación del Verbo eterno, se han verificado unos acontecimientos históricos misteriosos de peculiar importancia: su pasión, su muerte, su resurrección y su ascensión ("acta et passa Christi in carne"). Los llamamos "misteriosos" porque no se explica ni la pasión ni la muerte en un "hombre-Dios", y tampoco la resurrección y la ascensión en un "cuerpo mortal".

Tales acontecimientos históricos tienen la característica de ser como *cinceles que terminan definitivamente el "cuerpo de Dios"*; se instalan en él y tienen en él una permanencia, de alguna manera, siempre actual; comunican al cuerpo de Cristo una peculiar santificación que lo capacita para ser el "Bien Común" de la Iglesia.

La plenitud de santidad vibrante en el cuerpo de Cristo desde el primer ins-

(3) J. M. Bover, "Teología de S. Pablo", pág. 602.

(4) Santo Tomás, S. Th. III, q. 65, a. 3, ad 1.

(5) J. Mouroux, "Le sens chrétien de l'homme", París 1945; al estudiar los valores de la carne, el autor desarrolla, en el c. 3.º, unas consideraciones interesantes acerca de la grandeza del cuerpo humano.

tante de su concepción necesitaba un complemento (6). No es la encarnación la que hace al cuerpo de Cristo salvador de los hombres, sino, propiamente, la redención: así lo quiso el amor de Dios.

El cuerpo de Cristo fue hecho órgano de salvación por los acontecimientos históricos de la redención; ellos le imprimieron su misión definitiva y oficial, y, desde el cuerpo de Cristo, ejercen una eficacia especial en la salvación de todos (7). Estos acontecimientos son propiamente, de una u otra manera, la "consagración sacrificial" del cuerpo del Señor.

Recordando, con San Agustín, que el sacrificio es un signo sagrado y visible de una devoción invisible, *debemos ver en tales acontecimientos el "signo-perfectivo" del sacrificio interior de Cristo Sacerdote* (8). Decimos "signo-perfectivo" por cuanto desempeña la función de perfeccionar objetivamente, en el mismo orden histórico, la víctima del sacrificio, causando en ella un estado ontológico de consagración sacrificial. Tal consagración es una realidad que afecta históricamente el cuerpo de Cristo, produciendo en él la característica de "hostia consagrada". Pues esta característica, junto con la oblación interior, *permanece siempre actual en Cristo*, haciendo posible la renovación de su único sacrificio hasta la Parusía. Si en el Antiguo Testamento cada sacrificio se realizaba en forma novedosa, sí en la Pascua judía Moisés era sólo un recuerdo (¡un gran muerto!... sin rol sacerdotal) y el cordero pascual era cada vez distinto, en el Nuevo Testamento persevera para siempre el único sacrificio, ya que en Cristo (Sacerdote resucitado) permanece actual su oblación interior, y además permanece siempre actual la hostia consagrada, que es su cuerpo padecido, muerto, resucitado y ascendido a los cielos: o sea, los acontecimientos sacrificiales del cuerpo de Cristo conservan, de alguna manera, una permanencia siempre actual. Es, sin duda, problema grave querer explicar tal permanencia. Discrepan los teólogos (9). Podríamos decir que esta permanencia implica la "presencia" actual del sacrificio interior de Cristo, y la "eficacia" actual (no la "presencia") de los acontecimientos históricamente sacrificiales, esculpidos definitivamente en la carne de Cristo, la cual opera actualmente como instrumento permanentemente unido a la virtud divina, que alcanza con su ubicuidad todos los lugares y tiempos (10).

No parece se pueda sostener una "presencia" actual de los mismos acontecimientos (11). Es imposible guardar en reserva acciones transitorias, que se sumergen en el tiempo. Si hay permanencia actual, tal permanencia no será la presencia del mismo acontecimiento, sino la de su eficacia salvadora.

(6) Santo Tomás, S. Th. III, q. 22, a. 2, ad 3.

(7) Santo Tomás, S. Th. III, pasión: q. 48, a. 6; q. 49, a. 1; muerte: q. 50, a. 6; resurrección: q. 56, aa. 1 y 2; ascensión: q. 57, a. 6.

(8) B. Augier, "Le Sacrifice Rédempteur" — Rev. Thomiste, M. — Jun. 1932.

(9) Son particularmente famosas las teorías de la "presencia sustancial" propuesta por Casel, Rohner, Poschmann, etc., y de la "presencia operativa" defendida recientemente por Ch. Journet y criticada por buenos tomistas.

(10) Santo Tomás, S. Th. III, q. 56, a. 1, ad 3.

(11) cfr. Bouëssé, "Le sacrifice de la Messe: une nouvelle explication théologique", Rev. Thomiste, j. — Sep. 1957.

A los efectos de salvación que se producen ahora y aquí, concurren por la virtud de Dios “los acontecimientos de la carne de Cristo, que han tenido lugar otrora, en otro momento del tiempo; pero estos acontecimientos del cuerpo de Cristo no existen más... Sería contradictorio querer hacerlos presentes en su existencialidad pasada y sería trabajo inútil: han sucedido una sola vez para siempre” (12).

Santo Tomás ha explicado la permanencia de tales acontecimientos diciendo que *son ellos los que prepararon el cuerpo de Cristo para que fuera la causa “permanente” de la salvación* (13); ellos pasan, pero la consagración sacrificial de la carne de Cristo, efectuada por ellos, permanece como “causa de nuestra liberación” (14). Es la humanidad de Cristo la que da la Gracia; pero esta humanidad es instrumento de salvación en cuanto ha sido constituida, por esos acontecimientos, en causa permanente de liberación, “*como si un médico prepara una medicina con la que pueden curarse cualesquiera enfermedades aun en el futuro*” (15). En efecto, “el orden natural establecido por Dios en las cosas, pide que una causa obre sobre lo que tiene más cerca, y *mediante esto* actúe sobre lo que está más remoto. Así el fuego primero calienta el aire cercano y *por él* los cuerpos distantes” (16). de modo parecido los acontecimientos misteriosos de la carne de Cristo son causas eficientes de nuestra salvación, no directamente por sí mismos ahora y aquí, sino a través de la humanidad consagrada de Cristo; ellos obran (obraron) sobre lo que tienen más cerca (el cuerpo de Cristo), y *mediante este cuerpo* actúan sobre lo que está más remoto en el espacio y en el tiempo (17).

#### EL MISTERIO SACRAMENTAL DE LA REPRESENTACION.

Considerada la historia de la carne de Cristo, podemos reflexionar mejor sobre los signos sacramentales que la representan.

El orden de la sacramentalidad de la Nueva Ley es el gran puente que establece contacto, en todos los tiempos y espacios, con el cuerpo consagrado de Cristo. El contacto se realiza por medio de acciones simbólicas sobrenaturales, los ritos sacramentales, que pertenecen (18) a la misma humanidad de Cristo por haber sido instituidos por El y por ser atravesados actualmente por su voluntad y su poder santificador. *Tales ritos son “signos rememorativos” de los acontecimientos consagrados y “sustitutos causales” de su eficacia* (19). Los acontecimientos históricos están,

(12) Bouëssé, art. citado.

(13) Santo Tomás, S. Th. III, q. 49, a. 1, ad 3; cfr. ad 4.

(14) Santo Tomás, S. Th. III, q. 56, a. 1, ad 3.

(15) Santo Tomás, S. Th. III, q. 49, a. 1, ad 3.

(16) Santo Tomás, S. Th. III, q. 56, a. 1.

(17) Santo Tomás observa agudamente (S. Th. III, q. 66, a. 2, ad 1) cómo *es suficiente que el símbolo sacramental “prefigure”* (en lugar de “rememorar”) el acontecimiento consagrado, para que la humanidad santa de Cristo, ya real por la unión hypostática, produzca a través del signo prefigurador el efecto santificante.

(18) Santo Tomás, S. Th. III, q. 80, a. 5.

(19) J. H. Nicolas, “Réactualization des mystères dans et par les sacrements”. Rev. Thomiste, j. — mars 1958.

así, contenidos en los ritos sacramentales, pero no por una "presencia ontológica", sino por una sobrenatural "representación simbólica" que implica la permanencia y el uso de su eficacia.

El rito eucarístico, que es "el Sacramento" por antonomasia, contiene realmente la humanidad consagrada de Cristo; hace realmente presente el acto sacrificial interior de Cristo Sacerdote; pero sólo rememora, con su simbolismo sacramental, los acontecimientos consagrados de la carne sacrificial. Acerca de la presencia real y sustancial de la humanidad consagrada de Cristo, es clásica la solemne definición tridentina (20).

Acerca de la presencia actual del sacrificio interior de Cristo Sacerdote están, además de las declaraciones del Magisterio extraordinario que define ser Cristo el oferente principal en cada Misa (21), no pocas afirmaciones recientes del Magisterio ordinario que nos parece especifican claramente ser Cristo Sacerdote, el cual ofrece "actualmente" en cada Misa (22).

Acerca de la representación simbólica de los acontecimientos sacrificiales de bemos decir, con Santo Tomás, que ciertamente el rito eucarístico no es la misma pasión y muerte histórica de Cristo, sino su representación figurativa. La Eucaristía es ciertamente sacrificio, el mismo sacrificio de la Cruz, pero sólo en forma sacramental e incruenta: en ella a Cristo y a su carne no les "acontece" nada. El Sacerdoció con que se consagra la Eucaristía es, sin duda, el mismo Sacerdoció de Cristo, pero actúa sólo en forma ministerial a través del carácter sacerdotal de un sacerdote distinto que ejerce su sacerdocio en el orden incruento y metahistórico de los signos.

Hay, pues, *univocidad y analogía* entre los acontecimientos históricos de la carne de Cristo y su representación sacramental en la Eucaristía.

(20) D. 883, ss.

(21) Conc. Lateran. IV, D. 430; Conc. Trid., D. 938, 940.

(22) Pío XI, "Quas primas", D. 2195; Pío XII, alocución "Bendito sea Dios". AAS. 32 (1940) 422; al 4.º Congreso Eucar. brasileño, AAS. 34 (1942) 270; encíclica "Mediator Dei", AAS. 39 (1947) 548; discurso de la Preciosísima Sangre, AAS. 41 (1949) 358; exhortación "Menti nostrae", AAS. 42 (1950) 656; discurso "Magnificate Dominum", AAS. 46 (1954) 669.

Baste, como ejemplo, esta cita de la alocución al 1.º Congreso Internacional de Liturgia Pastoral (Asis-1956): "el elemento central del sacrificio eucarístico es aquel en que Cristo interviene como "seipsum offerens"... Esto sucede en la consagración, donde, en el acto de la transubstanciación operada por el Señor, el sacerdote celebrante es "personam Christi gerens". Aun cuando la consagración se desarrolla sin fasto y en la simplicidad es ella el punto central de toda la liturgia del sacrificio, el punto central de la "actio Christi cuius personam gerit sacerdos celebrans"... La cuestión decisiva no es aquí saber qué provecho saca el alma, sino cuál es la naturaleza del acto que se realiza: el sacerdote, como ministro de Cristo, hace o no hace la "actio Christi seipsum sacrificantis et offerentis". Es lo mismo que para los Sacramentos: no se trata de saber cuál es el fruto producido por ellos, sino de saber si los elementos esenciales del signo sacramental... han sido puestos válidamente. Igualmente en la celebración (de la Misa) es menester ver si el celebrante, con la necesaria intención interior, cumple la acción externa y sobre todo pronuncia las palabras, que constituyen la "actio Christi seipsum sacrificantis et offerentis".

*Univocidad en lo sustancial permanente:* un único Sacerdocio, un único Sacrificio y una única Hostia.

*Analogía en la modalidad transeúnte:* dos sacerdotes (uno principal y otro ministerial), dos sacrificaciones (una cruenta e histórica y otra incruenta y metahistórica), dos presencias de la Hostia (una de locación en la Cruz, otra de símbolo sacramental en el altar).

En la base misma de toda apreciación del misterio eucarístico está una muy importante distinción entre el orden histórico-natural y el orden metahistórico-sacramental: los "acontecimientos" están en el orden histórico del "ser"; los "sacramentos" están en el orden metahistórico del "ser enunciativo", o sea, del signo. La pasión, muerte, resurrección y ascensión están en el orden histórico de la carne de Cristo; son cosas que le acontecen físicamente a su cuerpo; el rito eucarístico, en cambio, está en el orden metahistórico del simbolismo sacramental, donde al cuerpo de Cristo no le acontece nada.

Si no existiera la carne de Cristo con sus acontecimientos históricos, no tendrían valor real los signos sacramentales. En la Eucaristía el cuerpo y la sangre de Cristo no se victiman como en un "sacrificio-acontecimiento", sino como en un "sacrificio sacramental", el cual, con su fenomenología propia, manifiesta el estado de separación inanimada del cuerpo y de la sangre sustancialmente presentes por la fuerza demostrativa del sacramento. Así la carne y la sangre de Cristo *se victiman realmente, pero no históricamente, sino sacramentalmente* (= "vi sacramenti" o "vi verborum"), por cuanto se hacen sustancialmente presentes en un signo demostrativo de separación inanimada. Esta victimación incruenta de Cristo "en hábito de muerte", no es en ningún sentido una nueva mactación (aunque sea virtual) de su cuerpo; absolutamente no. Es preciso concebirla sólo en el orden metahistórico de la capacidad enunciativa de un signo sobrenatural. El cuerpo y la sangre de Cristo son consagrados sacrificialmente en la Eucaristía, no para que tengan históricamente ser de víctima (que ya lo tienen desde la cruz), sino sólo para que sea verdadero y lleno de contenido real el signo sobrenatural de victimación sacramental.

Su presencia sustancial en el sacramento desempeña una real función ontológica, pero no para ser hechos víctimas "históricamente", sino para llenar objetivamente un signo victimal, donde se presupone su intrínseco valor de Hostia consagrada, con el cual cooperan a hacer verdadero el signo sacramental: son hechos víctimas "sacramentalmente". El ser natural de las especies de pan y de vino es atravesado por una virtud sacerdotal teándrica que *sacrifica incruentamente a Cristo, en cuanto convierte las sustancias separadas e inanimadas del pan y del vino en las sustancias del cuerpo y de la sangre de Cristo consagrados sacrificialmente.*

Por la transubstanciación el sacrificio de Cristo está realmente allí sobre el altar, y no en el cielo o en la cruz, pero está allí sacramentalmente. Sin hacernos contemporáneos del Viernes Santo la sacramentalidad nos apropia verdaderamente el sacrificio de la cruz, no porque lo encierra ontológicamente en las especies transubstanciadas, sino porque lo "renueva" transeuntamente en la acción litúrgica. El verdadero sacrificio es un "*sacrum facere*" y no propiamente un "*sacrum factum*" contenido bajo las especies. El sacerdote-ministro "renueva" el sacrificio y no las especies que lo "hacen presente". En el misterio eucarístico es indispensable la presencia actual del acto sacrificial de Cristo-sacerdote, pero tal acto no está presente en las

especies consagradas (donde, "vi sacramenti", están presentes sólo el cuerpo y la sangre "en hábito de muerte"), sino que se renueva sacramentalmente por la acción consagrada del sacerdote oficiante. Con razón Pío XII ha dicho, en el discurso litúrgico de Asís (1956), que el elemento central del sacrificio eucarístico es aquel en el cual Cristo interviene como "seipsum offerens...", o sea, en la consagración transubstanciadora donde el sacerdote celebrante se vuelve "personam Christi gergens".

Así el Cristo glorioso, Sacerdote y Víctima, se hace contemporáneo de todos y participa a todos su único Sacrificio en un signo misterioso que es "rememoración simbólica" de los acontecimientos sacrificiales y "sustitución causal" de su eficacia salvadora.

#### ESTRUCTURA PASCUAL DE LOS ACONTECIMIENTOS Y DE LA REPRESENTACION.

Para hacernos una idea más cabal del misterio de la carne de Cristo, es necesario adentrarnos, aunque sea brevemente, en un hecho muy importante que echa grandes luces sobre la reflexión de la fe; y es el de que tanto los acontecimientos históricos de la carne de Cristo como su representación sacramental tienen una específica "estructura pascual": ¡son la "Pascua" definitiva!

Veámoslo por separado.

*Los acontecimientos.*— El desarrollo de los acontecimientos consagradorios de la carne de Cristo ha seguido *la pauta del misterio pascual israelita*. Esto se lo puede ver sobre todo *en el evangelio de San Juan*.

"Cuando se conoce el genio matizado del apóstol, dice Durrwell, no se toma como simple coincidencia el hecho de que el relato evangélico se desenvuelve sobre el plano fundamental del Exodo, el misterio pascual típico.

El Verbo "ha levantado su tienda en medio de nosotros" (1,14) como Dios había acampado entre los Hebreos; Cristo deberá ser exaltado como la serpiente (3,14); descendido como el maná, será un día nuestra comida (6,50 ss.) los fieles apagarán su sed en El como en la roca del desierto (7,37); lo sigue como Israel seguía la nube luminosa (8,12). Cristo es el cordero pascual (19,36). Si esta recordación del Exodo es un designio comprobado, se debe admitir que para San Juan *el misterio pascual del Exodo se repite y se cumple en el Verbo encarnado...*

Hay en el cuadrante de la vida de Jesús una hora majestuosa, la Hora por excelencia, la de una partida, de un paso y de un retorno, o sea, de un éxodo. Mucho antes de su muerte hablaba de ello como del acontecimiento capital. El evangelista relaciona expresamente la Hora y el paso con las alusiones pascuales, cuando escribe: "antes de la fiesta de Pascua, Jesús, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre..." (13,1).

Al decir de la Biblia (Ex. 12, 11), el término Pascua se traduce por "paso del Señor". Esta vez la Pascua auténtica es inminente, la de Cristo, su paso y su hora.

Mientras los Sinópticos indican el carácter pascual de la cena eucarística, notando que había tenido lugar por la tarde en que se comía el cordero, el 4º Evangelio no habla de la cena, pero sí fija la muerte de Jesús en las horas de la inmola-

ción de los corderos; y después hace notar que Cristo era el cordero pascual (19,36)" (23).

A estas interesantes insinuaciones acerca de la estructura pascual de los acontecimientos es fácil agregar las pruebas de la estructura pascual de la representación eucarística.

*La representación.*— Cristo no ha instituido la Eucaristía inventando un rito nuevo, sino llenando de especial significación y poder sobrenatural *el rito pascual de los hebreos*.

Este hecho debe ser fuente de luz para las reflexiones eucarísticas, porque los Sacramentos de la Nueva Ley contienen lo que significan, de tal manera que el conocimiento cabal del signo simbólico es el camino para penetrar el misterio significado. ¡En efecto, *los ritos sacramentales no contienen los misterios cristianos para esconderlos, sino para manifestarlos!*

Pues el rito eucarístico está estructurado sobre la cena pascual judía. En tiempo de Cristo, esta cena, si bien no tenía estrictamente la misma fisonomía material de los tiempos de Moisés (Ex. 12, 3-7), era un especial banquete religioso que conmemoraba la liberación de Israel de la opresión egipcia. Este banquete implicaba determinadas ceremonias; su rito principal consistía en el anterior sacrificio de un cordero, cuya sangre era derramada alrededor del altar, y cuya carne era comida después en la cena pascual, acompañada con pan ázimo y con rituales copas de vino.

Al realizar su última cena pascual, Cristo instituyó la modalidad simbólica de conmemorar el sacrificio definitivo de la Nueva Alianza, donde el cordero inmolado era El mismo y donde los ázimos y la copa de vino eran su carne y su sangre inmoladas y aderezadas para el banquete (24), celebrando con ello la liberación del nuevo Israel de la opresión del pecado.

En esta estructuración pascual de la Eucaristía se percibe inmediatamente el *sentido sacrificial del rito y su ordenación connatural a la manducación*. Cuando Jesucristo, en la última cena, pronunció sus palabras consagratorias del pan y del vino, el misterio que más debió impresionar a los apóstoles no fue la transubstanciación y la presencia real, sino el sacrificio y el banquete de la Nueva Alianza: "este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre" (25). *Para los apóstoles el misterio eucarístico debió ser, antes que nada, la Nueva Pascua*: el misterio de la Nueva Alianza en la unidad del amor, construida por un nuevo sacrificio y participada por un nuevo banquete ritual.

(23) Durrwell, "La resurrección de Jesús, mystère de salut", 4.a ed. págs. 31-33.

(24) Santo Tomás al transcribir la hermosa expresión de la Glosa que dice "la Cruz, fuerte sobre todas las cosas, hizo que la carne de Cristo, que antes de la pasión parecía que no podía comerse, se pudiera comer después" (S. Th. II, q. 81, a. 3, ad 1), la aplica a la Eucaristía, renovación de la cruz, que adereza la carne y la sangre de Cristo para la manducación sacrificial.

(25) Lc. 22, 20.



---

*LA ESENCIA DEL MISTERIO EUCARISTICO.*

De lo dicho se desprende una conclusión doctrinal importante para todos los que creemos en "el misterio de la fe".

La esencia, o alcance formal, del simbolismo sacramental de la Eucaristía *consiste en ser ella la Nueva Pascua, pues renueva el sacrificio del Cordero sin mancha, rememorando simbólicamente los acontecimientos pascuales de la carne de Cristo, haciendo realmente presente su cuerpo y su sangre gloriosos, en hábito sacrificial, a manera de comida y bebida espiritual que construye la unidad de los hombres en la Nueva Alianza* (26).

Por diferentes causas, que no nos interesa ahora determinar, es posible ver desvirtuado todo este misterio eucarístico pascual de múltiples maneras.

*PROYECCIONES DESENFOCADAS.*

He aquí algunas proyecciones desenfocadas, fácilmente perceptibles en nuestros días:

a) *Olvido del plan primitivo e institucional de la Eucaristía.*— No es raro ver darle la primacía eucarística a los misterios de la transubstanciación y de la presencia sacramental. Estos dos misterios, formalmente revelados y muy sublimes, pertenecen propiamente al aspecto "material" de todo el misterio de la fe; forman parte del dogma eucarístico a título de condiciones "sine quibus non", y no a título de verdades centrales y primeras. Darle, en una reflexión teológica o en una explicación catequética, la centralidad al análisis de la transubstanciación o a la solución de las dificultades de la presencia sacramental, es hacer mala teología y peor catequesis, corriendo el riesgo de *rebajar la vitalidad del "misterio" al simple rango de "problema"*, desenfocando así el sentido mismo de la Revelación (27).

Igualmente darle a la adoración de la presencia real la primacía en la vida eucarística, es un descentrar su sentido institucional (28).

b) *Empobrecimiento de la noción de "sacramentalidad"*.— No faltan teólogos que confunden el orden histórico del "acontecimiento" con el orden metahistórico del "sacramento" (que mezclan, por ej., en una unidad híbrida la institución sacramental de la cena con el "sacrificio-acontecimiento" de la cruz).

De ello se suele seguir un empobrecimiento del concepto de Eucaristía — Sacramento aplicado sólo a la Comunión con exclusión del sacrificio.

---

(26) cfr. E. Viganó, "La Eucaristía, símbolo de la unidad de la Iglesia", Anales de la Facultad de Teología — N.º 11, 1960 — Santiago de Chile.

(27) A pesar de lo cual, debemos agregar con franqueza que el análisis exacto y detenido de las susodichas verdades reveladas, tiene una importancia *básica* de preámbulo indispensable para la recta interpretación y profundización del valor formal del misterio eucarístico.

(28) Lo cual no es lo mismo que afirmar que la adoración es superflua, así como no es superflua (es, por lo contrario, indispensable) la presencia real, a pesar de no constituir ella el aspecto primero y formal del misterio.

Propiamente el "sacramento" de la Eucaristía comprende el "sacrificio" y la "comunión" ("Eucaristía-sacramento" = "Euc.-sacrificio" + "Euc.-comunión", como decía Pío XII) (29).

La noción de sacramentalidad no se puede restringir al marco de la "comunión" y a la reserva del tabernáculo; es "sacramental" también el sacrificio. Si bien el "sacrificio" y la "comunión" están en dos direcciones distintas (mediación ascendente y mediación descendente), pertenecen a un mismo orden de sacramentalidad. Así, al igual que en la comunión, también en el sacrificio todo es sacramental: el sacerdote-ministro actúa por carácter sacramental, la sacrificación de la víctima (la transubstanciación) es consagración sacramental, la realidad victimal de la hostia es presencia sacramental.

El sacramento de la Eucaristía no es principalmente un tabernáculo, sino un altar; ni es tampoco sólo las especies consagradas, sino primariamente la acción sacerdotal consagrada que implica consecuentemente la permanencia de lo consagrado, como manjar y bebida de un banquete sacramental (30).

c) *Prescindencia del auténtico simbolismo sacramental.*— Contra la autenticidad del simbolismo eucarístico se peca de varias maneras.

—Antes que nada, olvidando que todo está ordenado, en la Eucaristía, a un banquete sacrificial, puesto que es cena pascual y que la víctima está evidentemente aderezada en las especies para la comestión. *La Eucaristía dice ordenación intrínseca a la comunión* (las especies son manjar y bebida), y la comunión tiene sentido formalmente sacrificial, como manducación de la víctima.

—*El simbolismo del pan y del vino en la Eucaristía no es natural sino sobrenatural.* ¡La unidad de tantos granos en el pan y en el vino es sólo una *analogía pedagógica!* Por grande que sea el número de quienes han patrocinado semejante reflexión (muy útil, por lo demás), es necesario recordar que su valor es de comparación; de otro modo el simbolismo de la Eucaristía podría reducirse a una meditación sobre la confección natural del pan y del vino. Los ritos sacramentales son signos "institucionales", escogidos por Cristo, y *cuya total significación no se revela sino a los ojos de la fe.* La consagración del pan y del vino significan el sacrificio de la cruz, y las especies consagradas significan la carne de Cristo que produce la unidad de la Iglesia.

—*¡Lo ofrecido a Dios en la Eucaristía es Cristo!* (sólo en El y por El se ofrecen la Iglesia y los hombres). En estos últimos años, observa P. Roguet, se ha ido desarrollando un movimiento para "valorizar" el Ofertorio... se ha insistido sobre el significado humano de los dones, sobre el simbolismo de la gota de agua... Esta ten-

(29) Alocución al Congreso Eucar. de Río de Janeiro, AAS. (1955) 555.

(30) La separación entre "sacrificio" y "comunión" (= gente que va a Misa prescindiendo doctrinalmente de la comunión, y gente que comulga prescindiendo doctrinalmente de la Misa) es una de las consecuencias lamentables del empobrecimiento de la noción de sacramentalidad eucarística. Todo el rito eucarístico es simbolismo de sacrificio a la vez que de banquete: sacrificio ordenado al banquete, y banquete como participación del sacrificio.

Propiamente el "sacramento" de la Eucaristía comprende el "sacrificio" y la "comunión" ("Eucaristía-sacramento" = "Euc.-sacrificio" + "Euc.-comunión", como decía Pío XII) (29).

La noción de sacramentalidad no se puede restringir al marco de la "comunión" y a la reserva del tabernáculo; es "*sacramental*" también el sacrificio. Si bien el "sacrificio" y la "comunión" están en dos direcciones distintas (mediación ascendente y mediación descendente), pertenecen a un mismo orden de sacramentalidad. Así, al igual que en la comunión, también en el sacrificio todo es sacramental: el sacerdote-ministro actúa por carácter sacramental, la sacrificación de la víctima (la transubstanciación) es consagración sacramental, la realidad victimal de la hostia es presencia sacramental.

El sacramento de la Eucaristía no es principalmente un tabernáculo, sino un altar; ni es tampoco sólo las especies consagradas, sino principalmente la acción sacerdotal consagrada que implica consecuentemente la permanencia de lo consagrado, como manjar y bebida de un banquete sacramental (30).

c) *Prescindencia del auténtico simbolismo sacramental.*— Contra la autenticidad del simbolismo eucarístico se peca de varias maneras.

—Antes que nada, olvidando que todo está ordenado, en la Eucaristía, a un banquete sacrificial, puesto que es cena pascual y que la víctima está evidentemente aderezada en las especies para la comestión. *La Eucaristía dice ordenación intrínseca a la comunión* (las especies son manjar y bebida), y la comunión tiene sentido formalmente sacrificial, como manducación de la víctima.

—*El simbolismo del pan y del vino en la Eucaristía no es natural sino sobrenatural.* ¡La unidad de tantos granos en el pan y en el vino es sólo una *analogía pedagógica!* Por grande que sea el número de quienes han patrocinado semejante reflexión (muy útil, por lo demás), es necesario recordar que su valor es de comparación; de otro modo el simbolismo de la Eucaristía podría reducirse a una meditación sobre la confección natural del pan y del vino. Los ritos sacramentales son signos "institucionales", escogidos por Cristo, y *cuya total significación no se revela sino a los ojos de la fe.* La consagración del pan y del vino significan el sacrificio de la cruz, y las especies consagradas significan la carne de Cristo que produce la unidad de la Iglesia.

—*¡Lo ofrecido a Dios en la Eucaristía es Cristo!* (sólo en El y por El se ofrecen la Iglesia y los hombres). En estos últimos años, observa P. Roguet, se ha ido desarrollando un movimiento para "*valorizar*" el Ofertorio . . . se ha insistido sobre el significado humano de los dones, sobre el simbolismo de la gota de agua . . . Esta ten-

(29) Alocución al Congreso Eucar. de Río de Janeiro, AAS. (1955) 555.

(30) La separación entre "sacrificio" y "comunión" (= gente que va a Misa prescindiendo doctrinalmente de la comunión, y gente que comulga prescindiendo doctrinalmente de la Misa) es una de las consecuencias lamentables del empobrecimiento de la noción de sacramentalidad eucarística. Todo el rito eucarístico es simbolismo de sacrificio a la vez que de banquete: sacrificio ordenado al banquete, y banquete como participación del sacrificio.

dencia es explicable... es una manera fácil de manifestar la participación de los presentes en la Misa. Es preciso agregar, sin embargo, que es más fácil penetrar el misterio eucarístico en sus aspectos humanos, que no explicar su contenido central y divino. Desgraciadamente, empero, semejante tendencia puede acabar con deformar el verdadero sentido de la Misa, haciendo de ella más una ofrenda del hombre que no de Cristo (31).

—*¡El fruto de la manducación eucarística es la caridad! Se comulga para aumentar la Gracia de Cristo y empeñarse en una vida de amor sobrenatural. Lo que vale en el comulgante no es la cantidad y duración de las especies comidas, sino la manducación del sacramento para la producción de la caridad (32).*

Se comulga no para hacer del estómago un tabernáculo sino para hacer de nuestra vida un testimonio de amor cristiano.

d) *Subestimación del valor de otras Gracias Sacramentales.*— La Eucaristía es el sacramento por antonomasia, pero no es todos los sacramentos.

Esta observación es importante porque no faltan quienes al ensalzar la Eucaristía, relegan a un segundo plano, casi de superfluidad, algunos otros sacramentos, en especial el de la Penitencia. Es erróneo decir que la comunión eucarística puede suplir la confesión, con tal que haya sincero dolor de los pecados, como si la gracia sacramental de la Eucaristía viniera a suplir con creces la gracia sacramental de la Penitencia. A pesar de ser muy cierto que la Eucaristía es el máximo de los sacramentos y que los demás sacramentos no causan la gracia sino por ella, es también cierto que *la Eucaristía no causa la gracia sin la cooperación de los demás sacramentos, y que cada sacramento es, en su ambiente y según su función propia, el mejor de todos, superior a los otros seis.*

#### "HACED ESTO EN MEMORIA MIA".

Al concluir nuestras observaciones quisiéramos subrayar el panorama esencial y optimista del "misterio de la fe": el triunfo seguro del bien en nuestra existencia, la segura salida de Egipto, la historia de nuestra salvación y de nuestra liberación de la esclavitud del mal. Todo esta historia está condensada en los acontecimientos misteriosos del cuerpo de Cristo y contenida verdaderamente en los ritos sacramentales de la Eucaristía.

El "misterio de la fe" es el misterio de la carne de Cristo, del cuerpo padecido, muerto, resucitado y glorioso del último y definitivo Cordero pascual.

Dos verdades capitales y complementarias implica tal misterio:

(31) A. M. Roguet, "La Messe, approches du mystère", ed. du Cerf.

(32) Es sintomática la siguiente pregunta acerca de la comunión. Si la química moderna llegara a producir un pan que permaneciera en el estómago sin consumirse, ¿no habríamos logrado un invento de extraordinarias proyecciones eucarísticas? ¡¡Absolutamente no!!

Lo que vale en el comulgante no es la presencia sacramental de Cristo en el estómago, sino la comestión del sacramento *para la producción de la gracia*. La presencia sacramental es sólo medio, no fin: Cristo instituyó la Eucaristía para producir la caridad.

—“La permanencia siempre actual de la muerte y de la resurrección en el Cristo de la gloria;

—y la identificación de la Iglesia con el Cristo glorioso no sólo en un único cuerpo, sino también en el acto mismo de su muerte y de su glorificación” (33). Aquí está el secreto de todo el misterio eucarístico. ¡Cuando nos reunimos en la Misa vamos a la Pascua! Sacrificamos verdaderamente el Cordero sin mancha y comemos sacrificialmente su carne gloriosa; pasamos de este mundo al Padre a través de la muerte y de la resurrección; construimos la unidad de la gloria; vamos a Misa para hacer la Iglesia, para edificar el Cuerpo Místico del Cristo resucitado, para salir de Egipto y llegar a la Tierra Prometida.

Todo ello exige acompañar la fe con una ardiente caridad. *¡La energía que lleva desde la esclavitud a la patria es el amor!*

Cristo realizó su Gran Pascua en el amor, y al perennizarla en un sacramento nos mandó: “haced esto en memoria mía”. Estas palabras no se refieren sólo a la validez cultural de la transubstanciación, sino además a todo el sentido sacrificial del amor religioso de Cristo. “Las palabras transubstanciadoras han sido pronunciadas por Cristo durante la cena en el acto del supremo amor que lo llevaba a entregar la vida por la gloria de su Padre y la salvación del mundo: “antes de la fiesta de Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó” (Jn. 13, 1); “ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (Lc. 22, 15); “nadie tiene mayor amor que éste de dar uno la vida por sus amigos” (Jn. 15, 13); “Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados de verdad” (Jn. 17, 19).

*Lo que Jesús ha hecho con tanto amor pide sea repetido “en memoria de El”, es decir con un anhelo semejante al suyo (en cuanto es posible) de la gloria del Padre y de la salvación de los hombres. El espera que las palabras transubstanciadoras sean pronunciadas por los sacerdotes y escuchadas por los fieles con corazones acordes al suyo.*

*¡Qué invitación apremiante, exigente, temible!*

Ella es comprendida por los más amantes, sacerdotes o fieles. Pero está dirigida a todos” (34).

Así “el misterio de la fe” es también el “misterio del amor”.

(33) Durrwell, obra citada, pág. 7.

(34) Ch. Journet, “La Messe”, pág. 148.